

# MARITAIN Y LA IDEA DE UN GOBIERNO MUNDIAL

Héctor Casanueva

Vicerrector de Investigación y Desarrollo

Universidad Pedro de Valdivia, CHILE

Jacques Maritain, convertido en su juventud al catolicismo, fue el filósofo del “humanismo integral”, planteado no como una utopía -por definición irrealizable- sino como un ideal histórico concreto. Un modelo de convivencia y de estructura social factible, alcanzable en la medida que se asumiera el compromiso de llevar a la política las orientaciones evangélicas.

Al mismo tiempo fue el gran conciliador de dos dimensiones supuestamente incompatibles: cristianismo y democracia. La democracia se entendía como una derivación esencialmente liberal, y por lo mismo imposible de asociar a la religión. La gran mayoría de sus obras estuvo destinada a demostrar esta compatibilidad, e inclusive a demostrar de qué forma el cristianismo es una garantía de la democracia, de la libertad y de la justicia social que le deben ser esenciales, que ni el liberalismo ni el comunismo eran capaces de garantizar.

Maritain aparece como un referente en momentos en que los jóvenes de finales de los sesenta, estábamos tratando de producir e incentivar el debate de ideas en torno al humanismo cristiano. Momentos de mucha efervescencia y de posicionamientos irreductibles que ponían a prueba nuestras convicciones.

En ese contexto recibíamos la influencia de acontecimientos externos tan relevantes como el Concilio Vaticano II, la invasión de Checoslovaquia, la división aparentemente definitiva de Europa, la guerra de Vietnam, los inicios del diálogo cristiano- marxista - fuertemente debatido entre nosotros- y, en nuestra tierra, la

gigantesca tarea emprendida por la Revolución en Libertad – a mi juicio una de las consecuencias más directas de la fidelidad al pensamiento de Maritain, que comprometió de golpe -como diría el filósofo- toda una concepción sobre el hombre y la sociedad-, propuesta que despertó fuerzas dormidas en la base social y generó condiciones para la justicia social en democracia como nunca antes, junto a las reacciones de quienes querían impedir el avance, o quienes lo consideraban demasiado poco y demasiado lento.

Para todo esto, para tener un referente filosófico, conceptual, un marco de análisis que nos permitiera comprender los fenómenos políticos y sociales, y a la vez cargarnos más de razón en nuestras convicciones, a las que -como suele ser- habíamos llegado por una mezcla de intuición, razonamiento propio y la convocatoria de grandes líderes, para todo ello el maestro Jaime Castillo nos presentaba a Maritain, su pensamiento profundo y a la vez simple, la arquitectura conceptual que sostenía la tesis del “ideal histórico concreto”, la distinción clara respecto del capitalismo y del comunismo, y con enorme y persistente contundencia, el compromiso del cristiano con la transformación de un mundo materialista e injusto, al que no se debe acomodar ni resignar, para construir la sociedad comunitaria, una comunidad de comunidades, una ciudad de la amistad cívica, integrada, solidaria, equitativa.

El pensamiento de Maritain -muerto en Francia en 1973, ya retirado de una activa vida intelectual, docente y diplomática- sobre la sociedad capitalista y sus alternativas, así como sobre la necesidad del compromiso político de los cristianos con la transformación del orden temporal y la construcción de una nueva sociedad como un ideal realizable, y no una mera utopía, está plenamente vigente y representa un referente doctrinario e ideológico para enfrentar las complejidades de la nueva era global, sus carencias y distorsiones, especialmente en cuanto a la necesidad de recuperar la ética en la política y en la vida social, adecuar los medios a los fines de bien común que se debe perseguir, y sentar las bases de una sociedad que

concilie la dimensión material con la dimensión espiritual de la persona, para la vigencia simultánea de la justicia social y la libertad.

Entre todos, sus libros “Humanismo Integral” y “El hombre y el Estado”, representan el núcleo de su pensamiento político, que repercutieron e influyeron en las generaciones europeas, norteamericanas y latinoamericanas anteriores y contemporáneas de la Segunda Guerra Mundial, y las posteriores que se nutrieron de sus postulados para fundar los movimientos socialcristianos y los partidos demócratas cristianos en Europa y Latinoamérica, como una alternativa al individualismo y al colectivismo.

Su pensamiento está plenamente vigente. Mientras en “Humanismo Integral” plasma la idea de un modelo de sociedad constituida como una “comunidad de comunidades” a escala local, estatal y mundial, en “El Hombre y el Estado” construye las bases del compromiso político, y combate la tesis maquiavélica sobre los fines y los medios, para abogar por una correspondencia esencial entre el objetivo perseguido políticamente -el bien común social- y los instrumentos para conseguirlo, que deben ser consecuentes con ese fin bueno. O dicho de otra forma: que un fin bueno no se consigue con medios malos. Medios malos llevan a fines malos.

Y en el ámbito global -cuando aún no se hablaba de globalización como ahora que es un lugar común- Maritain plantea lo que llama “el problema del gobierno mundial”, en el Capítulo V de su libro, ante la necesidad de avanzar hacia una forma superior de organización política mundial, como garantía de la paz, la libertad y el desarrollo.

En Europa de post-guerra, la influencia de su pensamiento sobre los líderes encargados de la reconstrucción de Europa fue fundamental para crear un sistema de vida que conciliara la libertad con la justicia social, y un esquema de integración -la Unión Europea- que preservara la paz e hiciera progresivamente realidad una “comunidad de comunidades”.

La misma denominación que se usa para hablar de la Unión Europea es “EUROPA COMUNITARIA”, sin duda una coincidencia con la idea de la “SOCIEDAD COMUNITARIA”.

Tiene plena vigencia en estos momentos, en que el mundo asiste a grandes dificultades de los instrumentos políticos y comerciales del orden internacional. Tenemos, entre muchos, dos ejemplos concretos: uno, la impotencia de la ONU ante conflictos latentes o declarados. Otro, el estancamiento de las negociaciones de la OMC para liberalizar el comercio. Ambas cuestiones tienen directa relación entre sí, ya que remiten a lo mismo: la exclusión y la marginalidad de unos respecto de otros. Y en ambos casos, la incapacidad de los organismos del sistema internacional para canalizar soluciones viables y aceptables por todos.

Este tema fue atención preferente de Jacques Maritain en sus reflexiones motivadas por el drama de las dos grandes guerras que la comunidad de naciones no pudo impedir. Es que si bien las causas profundas que dan origen a las crisis siguen y seguirán presentes, porque forman parte de la propia naturaleza humana, el problema es que no se ha encontrado la forma de articular las asimetrías y las inequidades en un proyecto común que las supere en plazos humanamente razonables, y que al mismo tiempo se pueda generar un desarrollo comprensivo y no excluyente.

La gran paradoja del progreso iniciado con la revolución industrial y reafirmado con la revolución digital –que se suponían iban a resolver todos los problemas - es que la gran capacidad de producir bienes y servicios a que se ha llegado -cuyo potencial supera incluso la demanda hipotética de toda la población mundial- produce de manera necesaria una acumulación en un sector de países y de grupos dentro de los países y una progresiva marginalidad de los demás.

¿Cómo se explica este fenómeno, y por qué no es posible ponerle remedio? Lo primero es tener claro que el sistema internacional es sólo el reflejo de lo que los Estados están dispuestos a aceptar que sea. Y ello se mantiene así porque hay, siguiendo la reflexión de Maritain, un problema de concepción básica de lo que es una “comunidad internacional”.

Para el filósofo, la cuestión esencial está en que se ha extrapolado a nivel internacional la idea de la soberanía de los Estados como si éstos, en lugar de ser una construcción jurídica, fueran “personas”, y por lo tanto, dotados como ellas de derechos naturales anteriores a cualquier estructura. Por lo tanto, si el sistema internacional se sostiene sobre la idea de una agrupación de Estados soberanos, cada uno de los cuales pretende tener derechos inalienables que colisionan necesariamente con los de los demás estados, no hay posibilidad de llegar a una convivencia equilibrada, que garantice los derechos de todos si no existe un poder supranacional mundial que custodie el bien común, y que esto sea aceptable, ya que cuando las soluciones no son del gusto de uno de los Estados, éste -que se siente con derechos de persona, y por lo tanto irrenunciables e intrínsecos, no las acata porque lesiona su propia existencia, y de ahí la hegemonía de hecho -y en el caso de la ONU, de derecho- de determinados Estados por sobre otros.

En la convivencia societaria las personas -sujetos de derechos naturales- junto con construir una cultura cívica que autolimita el ejercicio absoluto de sus derechos, se someten a una organización común –el Estado- que dirime los conflictos y a la que se le entrega el poder monopólico de la fuerza para hacer cumplir lo dirimido. Y está en la base de ese contrato social el que nadie puede estar por sobre la ley, para dar entonces garantía de equidad. Esto más o menos se cumple en el caso de las sociedades democráticas.

Pero la cuestión está en que, como hemos creado un sistema internacional basado en el relacionamiento de Estados -que son cada uno a estos efectos la representación jurídica de su sociedad frente a

otros Estados, pero no son la sociedad misma, y por lo tanto no pueden dar cuenta de la diversidad de ella, pero actúan como si fueran una sola persona, unívoca, arrogándose una soberanía individual única como tal- se colocan en una posición irreductible igual a la de una persona y a la vez apelan al principio de la soberanía absoluta de la que ni siquiera las personas gozan, ya que éstas redimen parte de su libertad absoluta en función de un bien común, ya sea por propia voluntad o por una coacción cultural y jurídica, lo que sin embargo los Estados no están dispuestos a ceder.

De tal modo que las cuestiones centrales de la convivencia mundial -la paz y el desarrollo- no son posibles de alcanzar en la medida que dependen de decisiones entre Estados con intereses contrapuestos o al menos divergentes, que cuando se ven en la obligación de ceder su soberanía absoluta y limitar su libertad en cuanto tales, reaccionan en contra de los parámetros del sistema, o acomodan éste a dicha eventualidad para no tener que hacerlo.

Según Maritain -y en esto me parece que ilumina conceptualmente el problema- hay que distinguir entre una teoría “meramente gubernamental” de la organización mundial, y una teoría de la “plenitud política del cuerpo político mundial”.

En este sentido, de lo que se trata es de que si entendemos por una organización o gobierno mundial un ente que es producto de una analogía del Estado respecto de los individuos extrapolada a la de un super-Estado sobre los Estados nacionales -teoría meramente gubernamental- no sólo no tiene viabilidad por lo antes expuesto, sino que estaríamos generando las condiciones para un superimperio asentado en la fuerza y la hegemonía de los Estados poderosos que terminan por imponerse.

Por el contrario, basados en la teoría de la plenitud política del cuerpo político, es decir, radicando la soberanía en el pueblo, en la sociedad política, podríamos avanzar hacia la construcción de una “sociedad política mundial” o “sociedad política internacional organizada”. En ella, el relacionamiento es transnacional entre las

personas, sujetos políticos cuyas realidades, vivencias y aspiraciones se encuentran en el hecho natural de ser miembros de la humanidad y por ello mismo, la lógica para construir un gobierno mundial sería la misma que en una fase de la evolución llevó a la construcción de los gobiernos locales o nacionales: la agrupación natural de personas próximas y con realidades comunes que se dan una organización determinada y que se expresa jurídicamente.

Demasiado audaz, no cabe duda, no sólo en los años cuarenta cuando estos planteamientos fueron formulados por Maritain, sino incluso para este inquietante siglo XXI. Pero la evidencia muestra que el camino que hemos seguido, si bien puede haber sido el único posible, ya no es adecuado a un mundo hipercomunicado y con creciente conciencia ciudadana como lo revelan los movimientos transnacionales de las ONG y tantos grupos contestatarios de esta globalización de escaso protagonismo del pueblo.

Si nos situamos en 1949 -cuando dictó estas conferencias en Estados Unidos- y a principios de los cincuenta –cuando se publicó en forma de libro, podemos apreciar lo revolucionario de las ideas y conceptos que plantea con respecto al problema del gobierno mundial:

Primero: que la paz requiere de una gobernabilidad mundial

Segundo: que la interdependencia de los estados no es garantía de paz, pues se basa fundamentalmente en razones económicas que exasperan las necesidades rivales y orgullos nacionales.

Tercero: que los estados viven convencidos (“falsa pretensión”) de gozar de una autonomía política absoluta y una soberanía absoluta que ni siquiera las personas gozan, y por ello aceptan la interdependencia de mala gana

Cuarto: que por ello no existe un poder supranacional ni fiscalización superior que regule a los estados

Quinto: la necesidad de una “sociedad política mundial”, y de la “plenitud política de la organización mundial”

Sexto: que la realidad política fundamental NO ES EL ESTADO, sino el cuerpo político.

Séptimo: el gobierno mundial no puede ser un “superestado mundial” superpuesto a los demás estados.

Octavo: la necesidad de crear un germen de preparación política para fundar una sociedad política mundial.

Noveno: Un consejo mundial con autoridad per se, sin poder, para preparar en largo plazo el gobierno mundial emanado de la sociedad política mundial.

Diez: la idea de una opinión pública internacional organizada, que presione y evidencie los problemas.

Hoy podemos ver como a través de internet, las redes sociales con lo que Maritain obviamente no podía contar, van constituyendo esa opinión internacional organizada.

El MP plantea la idea inicial de una “inteligencia colectiva” mediante la unión de las capacidades individuales y colectivas a través de la red para crear conciencia.

¿Por qué serían rechazables desde la racionalidad política más elemental planteamientos como éste? Sólo lo es desde la lógica del poder máximo vigente, pero si volvemos a las raíces humanas de la organización social y a rescatar los conceptos de la persona humana, del comunitarismo, de la comunidad de comunidades, es perfectamente imaginable –en un futuro aunque sea lejanísimo- la posibilidad de una sociedad política mundial que se de un gobierno democrático en un estado de derecho mundial. Y no es una utopía – por esencia irrealizable- sino un ideal histórico concreto.

La creación de una sociedad de hombres libres, de una ciudad de la amistad cívica y una fraternidad universal a alcanzar por una reforma de las bases de las relaciones internacionales, capaz de originar una sociedad política universal superadora de los Estados,



son conceptos e ideas-fuerza adelantadas a su época, que hoy una lectura contrastada con la realidad del Siglo XXI se nos revelan en ciertos aspectos premonitorias, y como un programa político aún vigente para enmendar el rumbo de desintegración y desencanto que el mundo actual representa para miles de millones de personas.